

## LO MEDIEVAL EN LA VIDA DE UN PUEBLECITO MURCIANO

**C**OY es una aldea de mil habitantes que se encuentra en el distrito municipal de Lorca, en las lindes de Cehegín y Caravaca. Es población antigua, rodeada de vestigios árabes y romanos. Se levanta en la falda de una montaña chata y redonda. Sus casas son pardas y grises como sus campos, en contraste con lo blanco del campanario y lo verde de los viñedos y espartos. Es un pueblecito pobre, retrasado y olvidado: sin médico y muchas veces sin maestros. Ni agua corriente ni alcantarillas ni electricidad. Se comunica con los pueblos vecinos gracias a un autobús caricaturesco que fatigosamente trepa hasta ella. Sus utensilios son rudimentarios, sus aperos de labranza primitivos. La gente, poco instruída, frugal en el comer y en el beber, trabajadora, pero no hasta el exceso. Sus preocupaciones, cortas como el horizonte de sus campos cerrados por montañas.

Ahora, como desde hace centenares de años, el hombre continúa adoptando aquí una postura ante la naturaleza y ante las cosas en parte medieval y arcaica.

Coy es un pueblo de labradores y vive del campo. Su mirada, por ello, está clavada en el cielo y en la tierra. De ese cielo y de esa tierra depende la cosecha; a la vez, ellos con sus señales indican hasta qué punto vale la pena el trabajo y el esfuerzo. Es posible, por lo tanto, conocer de antemano el cariz que el año tomará, o las variaciones del tiempo. Ya Pedro Ciruelo, a mediados del siglo XVI, admitía la existencia de estas predicciones y trataba de su posibilidad y de su carácter: «El verdadero filósofo que conoce las virtudes y propiedades de las estrellas, podrá por ellas conocer los efectos sobre dichos en los elementos y en los



hombres y animales y árboles; y podrá naturalmente decirlos antes que vengan, es a saber si el año o el día o el mes será sereno o nublado, limpio, frío, caliente, si el niño nacido será de bueno o de rudo ingenio o para las letras o para las artes y ejercicios. Y en estos juicios no hay vanidad ni superstición alguna, porque aplica a los efectos sus causas que tienen virtud natural para hacerlos» (1).

Hay determinados días que son la representación del año entero. Habrá buena cosecha si el día de la Conversión de San Pablo, 25 de enero, «hace bueno, claro y sereno». Los tres sietes de agosto—7, 17 y 27—representan, respectivamente, el otoño, el invierno y la primavera; y sólo si el primero y el tercero son húmedos, y seco el segundo, será abundante el año. La abundancia de retamas y de habas asegura la buena cosecha. El ganado perezoso y que mira al cielo anuncia lluvia; cuando corre y retoza anuncia fuerte viento; cuando come con voracidad toda clase de hierbas indica grandes nevadas. El canto de la abubilla es señal de que el tiempo será bueno. Cuando la lluvia va a venir el sapo canta y el caracol trepa a lo alto de las matas. Si las abejas enjambran pronto, la cosecha será abundante. Si los gusanos de los pinos marchan en procesión hacia el norte, si mira hacia el norte el alazor cuando aletea, o si hacia el norte se inclinan en su marcha los luceros, el año será próspero; será desgraciado, en cambio, si se dirigen hacia el sur. Si los ganados corren inquietos, si las caballerías braman y las aves cantan de manera insólita y discordante, es que la nube de piedra, la más temible de las plagas del campo, está al llegar.

La naturaleza, la nube de piedra en este caso, puede destruir cosecha y esfuerzos; pero el hombre no se siente desamparado: cuenta con recursos y puede defenderse. Cuando la nube llega conviene arrojar hacia ella puñados de sal o pequeños guijarros que se recogieron el sábado de Gloria mientras sonaban las campanas, y sacar mirando al cielo sartenes, tenazas y trébedes de la lumbre.

Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, afirmaba el año 1541: «Muchos hombres y mugeres tienen en costumbre el tiempo que hace relámpagos y trueno de tomar las sartenes o las trévedes hacia el cielo, teniendo por cierto que con aquello se mitiga el trueno y el relámpago. Y como esto sea superstición morisca, ordenamos que nadie ose tal hacer» (2). No

(1) PEDRO CIRUELO, *Tratado de la nigromancia y de las brujas*, Barcelona, 188, p. 15

(2) *Constituciones sinodales*, en RENÉ COSTES, *Antonio de Guevara. Sa vie*, París, 1920, p. 61.



es extraño el encontrar en Murcia una superstición morisca. El sello árabe es fuerte y arraigado. A partir de la conquista convivieron moros y cristianos, especialmente menestrales y campesinos. Muchos de los moriscos expulsados en 1610 volvieron casi inmediatamente. «De Murcia se expulsaron, afirma Danvila, quince mil moriscos, y los niños y niñas menores de ocho años quedaron a cargo de los cristianos viejos» (3). Boronat asegura que «en 1615 había vuelto tanto morisco a Murcia que parecía no se había hecho la expulsión» (4).

Se conservan también restos de antiguos conjuros. Los conjuros y conjuradores de nubes fueron muy frecuentes a lo largo de toda la Edad Media y continuaron mucho tiempo después. Ello hacía exclamar a Fray Martín de Castañega el año 1529: «Los conjurados y conjuros de las nubes y tempestades son tan públicos en el reino, que por maravilla hay pueblo de labradores donde no tengan el salario señalado, y una garita puesta en el campanario, o en algún lugar muy público y alto, para el conjurador, porque esté más cerca de las nubes y demonios» (5). Hoy han desaparecido los conjuradores, pero subsisten los conjuros; oraciones que, se asegura, son eficacísimas, y a las que resulta difícil llegar por creerse que sus virtudes se pierden al ser divulgadas. Quizá sea la más usada la que a continuación transcribimos, recogida en Viernes Santo para que continuara su poder. Dice así: «Para la nube mala o cualquier clase de calamidad.—Jesús nació, / Jesús murió, / Jesús resucitó, / con la primera gota de leche que su madre le dió. / Por la muerte y pasión del Señor / y los dolores de su santísima Madre triste y afligida / que nos libre de todo lo malo».

Llegará la nube, pues, hoy como hace centenares de años; pero hoy como entonces el hombre podrá, o creará poder, detenerla en su camino y evitar sus calamidades. Hoy como entonces, supersticiones y prácticas musulmanas, oraciones y palabras cristianas.

Las señales y los avisos no se reducen sólo al mundo agrícola, sino que se refieren y se extienden a todo el ámbito vital. Cualquier cosa, cualquier objeto, movimiento, animal, palabra o suceso se carga de sentido. La naturaleza se convierte en una gran madre protectora que a través de todas las cosas avisa y vela por los hombres.

(3) MANUEL DANVILA Y COLLADO, *La expulsión de los moriscos españoles*, Madrid, 1889, p. 314.

(4) PASCUAL BORONAT, *Los moriscos y su expulsión*, Valencia, 1901.

(5) FRAY MARTÍN DE CASTAÑEGA, *Tratado de las supersticiones y hechicerías*, Madrid, 1946, p. 117.



El abejorro rojo anuncia buena suerte, el negro desgracia. La zorra que se tropieza en un camino augura fracaso y calamidad. El temor a su encuentro aparece, incluso, en las canciones populares: «¿Cómo quieres que vaya / de noche a verte / si le temo a la zorra / más que a la muerte?». El gato negro «es la fortuna de una casa». El canto de la lechuza, el aullido del cuervo y el ronquido de las caballerías presagian la muerte. El mochuelo, la graja y el cuervo anuncian desgracia cuando aparecen al comienzo de una jornada. El canto del gallo o el «sí» de una conversación que coinciden con el comienzo de un negocio predicen su resultado favorable.

De la misma manera los sueños son avisos que vienen del más allá y que conviene tener en cuenta. Ciruelo atacaba esta creencia: «Otros vanos hombres y mugeres presumen de adivinar las cosas venideras por los sueños, que durmiendo sueñan los hombres, diciendo: tal cosa soñaste, significa que ha de venir esto o lo otro» (6). Pero todavía se busca y se respeta su significación. Soñar con vacas o culebras que acometen significa que alguien va a morir pronto en la familia; lo mismo soñar con una procesión. El fuego anuncia sobresalto y desgracia; el agua, lágrimas. El agua turbia que arrastra el pañuelo que se lava es señal de calamidad. El soñar con huevos predice una desgracia cercana; se evita explicándolo tres veces. Al que se le sueña muerto, se le alarga un año la vida. Vacas tranquilas y gordas anuncian dinero y prosperidad. Cuando por tres veces se sueña el lugar en que un tesoro está enterrado, y por tres veces se guarda silencio, el tesoro se encuentra infaliblemente.

Las cosas, por lo tanto—y con ellas los animales, las palabras...—, conservando su carácter de realidades útiles, adquieren además un especial tinte maravilloso. Lo futuro, lo desconocido se nos dará a través de ellas; pero el proceso continúa y entonces se nos presentan ellas mismas cargadas de poder y de virtudes. Influirán en los hombres; forzarán, incluso, su albedrío; arrastrarán la felicidad o la desgracia.

La mata de siempreverde acarrea la muerte a quien la conserva durante siete años. En el lugar donde ocurre un crimen no vuelve a brotar la hierba. El árbol del que alguien se ahorcó arrastra toda clase de plagas sobre el campo. Lo que se golpea con una caña seca se adelgaza y se consume. La luna en cuarto creciente multiplica las pulgas de los basure-

(6) Obra citada, p. 25.



ros. Los viernes cambian el signo de la luna; por ello, en viernes y en creciente las pulgas no aumentan, pero sí en viernes y en menguante. Colgando en la cuadra el hueso de una caballería, huyen los ratones. Colgando en el gallinero un sapo vivo, mueren los piojos de las gallinas. La mujer a quien, acabando de dar a luz, se le pone un trozo de sarmiento en la comida, sentirá, ya para siempre, una irresistible inclinación por el vino. Si, en la misma situación, arrojara vino sobre algo que tuviera sangre, enloquecería irremisiblemente. Para que un niño llegue a ser «cantador» se le cortan las uñas, recién nacido, cantando y tras la puerta. Para que sea simpático se le da a paladear miel—tendrá «melodía», dicen—. Si estando todavía sin bautizar se saca lumbre de su casa, será ladrón cuando se haga hombre. Si alguna vez cayera en el agua, resistiría sin ahogarse tanto tiempo como se le haya tenido boca abajo después de bautizar. La mujer durante la menstruación no debe tocar árbol que esté en fruto porque éste se seca, ni debe entrar en una bodega porque el vino se corrompe. Los que nacen el día de la Conversión de San Pablo pueden ver cómo la muerte se acerca a las personas. Los que nacen envueltos en la placenta—«con manto»— o el día de San Juan o la nochebuena y los mellizos, «tienen gracia». Curan el dolor de vientre de personas y animales restregándoles con aceite o poniéndoles las manos o los pies encima. Pueden coger lagartos y culebras sin ningún peligro. Las vacas «tienen gracia»: pueden comerse las víboras. También tienen gracia las ovejas que nacen a las doce en punto de nochebuena. Ni se venden ni se les corta el rabo ni se les hace marca de sangre. Traen la prosperidad al rebaño. Es sumamente peligroso mirarse de noche en un espejo porque puede verse «una mala figura». La canción popular refleja este temor: «Al espejo, de noche / nunca te mires, / no veas a otro amante / y a mí me olvides». Es curioso y coincide con lo que acabamos de decir, lo que Azorín afirma hablando de la Mancha: «En Manzanares—a cinco leguas de Argamasilla—se cuentan mil casos de sortilegios, de encantamientos, de filtros bebedizos y manjares dañados que novias abandonadas, despechadas, han hecho tragar a sus amantes; en Ruidera—cerca también de Argamasilla—hace seis días ha muerto un mozo que dos meses atrás, en plena robustez, viera en el alinde de un espejo una figura mostrándole una guadaña, y que desde ese día fué adoleciendo y ahilándose poco a poco hasta morir» (7).

(7) Azorín, *La ruta de Don Quijote*, Madrid, t. II, p. 311.



Es frecuente también el uso de sortilegios. El amante sabe que es correspondido cuando, arrojando sobre las brasas dos hojas juntas de olivo, éstas saltan y permanecen unidas; no lo será, en cambio, si al saltar las hojas se separan. La persona a la que se le esconde, bajo la almohada, un haba de siete gajos soñará con quién ha de casarse. Una lagartija de dos rabos marcará en la harina extendida sobre una mesa el número que se ha de premiar en el primer sorteo de lotería. Para saber quien robó un objeto, se coloca inclinado un cedazo, de modo que oscile, sostenido por unas tijeras. Se va nombrando, después, a las personas de las que se sospecha. La oscilación del cedazo coincidirá con el nombre del ladrón. Ya Pedro Ciruelo atacaba esta superstición: «Otros hacen las suertes por los salmos del Salterio, otros con un cedazo y tijeras adivinan quién hurtó la cosa perdida o donde está escondida, y otros hacen otras liviandades de tantas maneras que no se podrían contar, y todas ellas pueden llamarse suertes, y quien las usa peca mortalmente, porque con ellas sirve al diablo y se aparta de Dios» (8).

También los números y los diversos días del otoño encierran un especial poder que determina cosas y personas o que da lugar a distintas prácticas y costumbres. Es peligroso, por ejemplo, el llevar trece reses en un rebaño. Son aciagos además de los martes—en los que nunca se da sal al ganado—y del trece de cada mes, los viernes—excepto los de marzo—, el día de San Antonio y el día de San Pedro—«día de la piedra»—. Los jueves, viernes y sábados santos es cuando se debe cortar el rabo al ganado. Los pollos que nacen el Jueves Santo no tienen hiel. El día de Todos los Santos se hace con especial cuidado la cama y se ilumina la habitación, porque los difuntos vendrán a descansar.

Pero es la noche de San Juan la que, como en el resto de España, continúa de la manera más notable borrando las fronteras entre lo real y lo maravilloso. En ella se acentúan y se compendian todas las prácticas y creencias que a lo largo del año alientan en este pueblecito. Es entonces cuando la «Encantá» baja a la fuente y peina sus cabellos a la luz de la luna. La «Encantá», mujer extraordinariamente bella, joven y rubia, que desde que Coy existe vive en una cueva sin fondo, apenas visible, en la montaña que lleva su nombre.

Es la noche de San Juan noche de sortilegios. La soltera que a las

---

(8) Obra citada, p. 21.



doce, desnuda, cierna y extiende harina en el suelo de su cuarto, encontrará escrito a la mañana siguiente el nombre del hombre que la quiere. Es entonces, cuando puede saberse cuál de los pretendientes ama con amor más fino. Para ello se recogen tantas «cardonchas»—piñas del cardo—como enamorados se tengan, representando con cada una a uno de ellos; se tuesta la flor en las brasas, y aquella que por la mañana temprano haya florecido indica cuál es el verdadero amante. Si se dejan esa noche doce trozos de cebolla, cada uno con un grano de sal, trozos que representan los doce meses del año, el trozo en que la sal se haya convertido en agua indica cuál de los meses traerá lluvia. El primer nombre de mujer que un soltero oye al salir a la calle es el que llevará su esposa. Se baña a los rebaños en la fuente, a las doce de la noche, para resguardarlos de la roña de la lana. Es conveniente lavarse antes de salir el sol para «aclararse la vista». Si el ganado mira hacia el norte al amanecer, el año será bueno; si hacia el sur, será malo. En la noche de San Juan puede oírse el crujido de nueces y almendras que se cuajan en el árbol. Antonio Machado recoge la misma tradición referida a la oliva: «Tu soplo al fuego del hogar aviva, / tu lumbre da sazón al rubio grano, / y cuaja el hueso de la verde oliva, / la noche de San Juan, tu santa mano» (9).

Son variadas y curiosas las maneras de curar enfermedades: La pulmonía se cura con hígado de zorro. Las grietas, introduciendo en ellas lana recién cogida de la oveja. Los granos, frotándoles un caracol. El dolor de boca de los niños, colgándoles al cuello una bolsita con los dientes de un lagarto. La erisipela, pasando sobre ella hojas verdes de pino y quemándolas después. La picadura del alacrán, con masajes de ajo. Las quemaduras, con hojas de ceje y esparto verde. El sarampión, con cocimiento de flor de amapolá. La hernia, cubriéndola con la piel que se ha arrancado a un lagarto vivo. El miedo, bebiendo el agua en la que se ha bañado el cirio pascual, las verrugas, mirando a la luna nueva su primera noche y frotándose con tierra al mismo tiempo. Fray Antonio de Guevara se refiere a una superstición parecida: «Algunas mugeres echiceras toman a los niños el primero día de la luna, y los ponen de pies en el suelo el qual suelo ha de estar mojado con agua en la que se cocieron hortigas, y con el cuchillo por entre los dedos dicen que les cortan las Berrugas, o Lombrizes» (10).

(9) ANTONIO MACHADO, *Obras completas*, México, 1940, p. 136.

(10) *Constituciones sinodales*, en RUSÉ COSTES, obra citada, p. 59.



Es muy frecuente el acudir a las curanderas. Los ensalmos, conservados generación tras generación, guardan todavía su virtud antigua.

La llamada «carne cortá» —distensión de un músculo— se cura recitando las siguientes palabras, mientras con unas tijeras se corta el aire en torno a una sartén en que hierve agua: «Por el río de Jordán pasé, / nueve hombres encontré, / tres cavando, / tres podando, / y tres la carne cortando. / Por Fulano de Tal quiero curar, / por el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo / y de la Santísima Trinidad». De manera parecida se cura el mal de ojo. Es esta una creencia muy extendida. Para prevenir el aojamiento suelen llevar los niños una bolsita al cuello con tres granos de trigo, tres de sal y una miga de pan. La curandera arrojando aceite de un candil sobre la mano del aojado, dice: «Doste lo han hecho, / tres te lo han de quitar, / que son las tres personas distintas de la Santísima Trinidad». Repite la oración tres veces y al final exclama: «Ángel divino, ¿quién te ha dado el mal? El Espíritu Santo te lo ha de quitar».

Lo medieval pervive, pues, no sólo formalmente, sino iluminando la vida y las gentes de este pueblecito murciano. Pueblecito que no es excepcional, es uno más en el ancho mapa de España. De todos modos, es posible que se haya llegado a un momento en el que se acentúa la progresiva desaparición de costumbres y tradiciones. La técnica y las innovaciones, aunque parsimoniosas, avanzan implacables y van borrando, al menos en la región de que hablo, todo resto antiguo. A Coy también llegarán y gracias a ellas la vida de estas gentes, ahora dura y pobre, alcanzará un nivel que en justicia merecen, sus horizontes se abrirán y otros mitos nuevos y modernos reemplazarán a los antiguos. La radio con su maquinal anuncio meteorológico borrará las señales del cielo y de las aves, la medicina arrancará las antiguas prácticas y se perderán los viejos ensalmos, las canciones de los niños no hablarán de princesas cautivas ni de príncipes libertadores, se sabrá por qué llueve y por qué truenan, por qué grana la cosecha y por qué se agosta; se deshará, en fin, el encantamiento del pequeño pueblo, y la «Encantá» que lo mantiene, joven y rubia, extraordinariamente bella, morirá en esa cueva que no tiene fondo, y nos quedaremos sin saber cómo se fué, de la misma manera que no sabemos cuándo vino.

*Harvard University.*

